
El feo encuentro de la necesidad

Francesca Gargallo

Es de noche y no sé qué pensar. Siento que llamar al VII Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe el Desencuentro de Cartagena puede ser un encuentro de palabras afortunado, pero mezquino. Como mezquina es la alegría que experimentan al denigrarlo muchas feministas excluidas de la comisión organizadora por no pertenecer a ninguna corriente del feminismo autónomo chileno. A la vez, no comparto el bautizo del Encuentro de las Explicitaciones, porque muy explícito no ha quedado cómo liberar existencial y políticamente las formas de relacionarnos entre feministas.

Fue un encuentro feo. Sin baile ni apapacheo. Un encuentro muy real, sin embargo. Espejo fiel del feminismo latinoamericano actual donde quien tiene dinero ha perdido el rumbo y quien no lo tiene no logra trabajar. Donde el chisme de pueblo pequeño (¿es que numéricamente las feministas somos una ranchería?) ha reemplazado el análisis, y las propuestas civilizatorias no sobreviven a los embates no digamos del paradigma neoliberal, sino de las cartas descalificadoras de sus otras compañeras.

La mayoría de las voces participantes cuestionó la tendencia a la institucionalización del feminismo en Latinoamérica, pero a la hora de las explicitaciones sólo se levantaron (¿tuvieron la fuerza de levantarse?) dos discursos enfrentados, el del poder del dinero y sus agendas para el *empowerment* de las mujeres, y la estridente nota inquisitorial de acusaciones formalmente muy cercanas a denuncias.

Y nada más.

Dicotómico sepelio para un movimiento de acentos polifónicos que desesperadamente reclama el derecho a una lógica no binaria. Que desde el cuerpo de las mujeres piensa la política como el espa-

cio de la visibilidad de las diferentes sexualidades y sus expresiones libertarias.

Ni una sola voz de mujer nos advierte que Chile está atravesando por una sequía que dura ocho años (los mismos ocho años que en México) y que es político no desperdiciar el agua a la hora de lavarnos los dientes. Las ecofeministas llevan publicaciones, pero no se manifiestan. Sin embargo, la relación entre el liberalismo del desarrollo sustentable que las financiadoras promueven y la destrucción ambiental es tan evidente como los lagos polucionados por los criaderos de salmón en el sur de Chile. ¿Podemos hablar de autonomía del financiamiento internacional sin plantearnos la concreción de una política económica que implique una lógica distinta de la relación cuerpo-economía, una lógica que no dicotomicé naturaleza y cultura?

Ni una académica se atreve a promover una reflexión colectiva sobre educación, el nexo indisoluble entre la conformación del saber y el poder en las universidades, atizando nuestra necesidad de desatarlo. Una especie de censura envuelve nuestros trabajos, no vaya a ser que nos confundan con la Academia, no vaya a ser que... Es inútil decir que somos feministas y no "estudiosas de los géneros", cuando se siente que algo o alguien busca al enemigo en todas partes. Es inútil cuando como buitres algunas nos instan: "defiendan su espacio institucional".

Las teólogas si las hay no chistan, cual si la expresión de nuestra espiritualidad pudiera dejarse para los momentos en que nada importante se pelea. Vaya, vaya : cada día nos parecemos más a los hombres.

De sexualidad... Cállate, ¿quieres que te confundan con las promotoras de la salud reproductiva? ¡Carajo! y todo nuestro pensamiento sobre la libertad sexual ¿qué? Un anticonceptivo demasiado cercano a los intereses demográficos de los estados nos amordaza.

Transgredir el orden establecido para revolucionar la vida, necesita que no tengamos miedo a equivocarnos. El miedo paraliza, es la muerte. Le hemos tenido miedo a las leyes, a la economía, a los hombres, a la iglesia, a la escuela, a la familia. Yo no quiero tenerle miedo a la posibilidad de ser confundida con una feminista que no soy. Que sí soy. No soy una institución. No pido dinero. No creo que modificando una ley transformo el orden simbólico sobre el que

se yergue el sistema jurídico. No quiero entrar al ejército ni ser ordenada sacerdotita. Me caen mal las sabelotodo y bien, las querendonas. Pero, por favor, mi peor enemiga no es una mujer que pretende ser votada en un parlamento.

¿Mi peor enemiga? Y si no la tengo, ¿qué? Un paso hacia un orden otro.

Lo cual no significa dejar de denunciar a quienes manipulan la información sobre las organizadoras del encuentro en el espacio periodístico con el que cuentan y mienten descaradamente sobre las formas en que Margarita Pisano (¿acaso la odian? ¿Es eso feminista?) organiza su posición política contra sus antiguas compañeras, mismas que le arrebataron un proyecto de democratización de la sociedad entera desde los cuerpos y las voces de las mujeres de los sectores populares, que dirigió durante años de dictadura pinochetista.

Tampoco que las organizadoras del VII Encuentro tuvieron sólo el diez por ciento del financiamiento con que contaron las organizadoras del sexto porque las feministas de las redes y las instituciones chilenas de, por, para, sobre las mujeres se encargaron de presentarlas a las financiadoras internacionales como un grupo de locas que querían apoderarse del encuentro para excluir “a todas las mujeres de las ONG”. Eso se llama manipulación y es un juego sucio. Un ejemplo del peor *empowerment*.

Es de noche y no tengo ganas de excitarme con nada que no sea un sujeto sexual, pero el malestar que siento en el feminismo me sobrecalienta cuando lo describo.

El VII Encuentro Feminista y del Caribe no fue un caos. Es demasiado fácil descalificarlo así. Además, y no entiendo por qué, se intenta por todos los medios llegar a esa conclusión desde el segundo día del encuentro mismo. Sí, porque en Cartagena sucede lo increíble: mientras acontece algo, ese mismo algo se evalúa en debates de playa, pasillo, cama, y todas definen a cada instante lo que hacen con palabras ajenas.

Pero no se enmienda el desencuentro, no se plantea la necesidad de métodos feministas diferentes a los congresuales, no se registra el evidente desencanto por toda institucionalidad: el obvio de las múltiples autónomas, el de las chavas que desde su juventud se sienten y son excluidas del manipuleo de la *realpolitik*, el de las les-

bianas anti-ILGA, de las heterosexuales antireproductivas, de las académicas en búsqueda, de las indígenas anticolonialistas, de las artistas, las teólogas, las curanderas.

Camino con mi amiga Urania Ungo por la playa. Nos sentimos solas. Ella ha renunciado al poder de la institucionalidad en Panamá, porque se da cuenta que se placebo es peor que ser veneno, que intentar representar a las mujeres desde una institucionalidad feminizada es dictadura. Y me dice: “No quiero que me cataloguen. Tengo derecho a buscar un método de relación antes que adscribirme a una definición”. Yo suspiro con ella. Nuestras hijas corren por el malecón; claro está que a nadie se la ha ocurrido pensar en una guardería. Mejor así: pintarán su raya de nosotras más conscientemente.

Y camino con mi amiga por la playa, sucia playa de balneario pobre, finalmente acorde con la realidad económica de las mujeres. Balneario que fue elegido en época de la Unidad Popular para desarrollar planes de turismo para las y los trabajadores y que por eso mismo Pinochet golpeó con toda la fuerza de la represión económica. Balneario simbólico.

Camino como en realidad ahora escribo, un poco cansada. Pero también fascinada por los vericuetos del camino. Montaña arriba, playa abajo, laderas de flores y frío intenso. ¿Un caos? No, deseo de la libre expresión de los matices.

Matices. Le enseño a mi hija a desahogar su agresividad sin provocar daño, a morder sin hincar los dientes, a golpear frenando el impacto. Ese es un cambio. Quiero entablar una relación de respeto que empiece por escuchar a la otra y contestarle sin provocar dolor. Quiero hacerlo en el espacio en que nos encontramos todas y en cálida cercanía de mi cuerpo con el de otra a solas. Hoy como hace veinte años el feminismo es la negación de la supremacía de lo público por la multiplicidad de formas de relación que tenemos en la intimidad y en los espacios privados, mismos que reivindican su presencia en el pensamiento y las estrategias políticas.

Pero en Cartagena los ánimos están demasiado caldeados. En los talleres podemos escucharnos: estamos separadas. En las plenarios, la mala fe de algunas, la agresividad de otras, lo dicotomiza todo.

¿Qué logramos?

A pesar de las impresiones, mucho. Encontrarnos nunca es inútil, aunque sea para escuchar a las que opinan diferente y responder enfrentando nuestros métodos a la realidad de la coexistencia. En uno de los talleres, el de Feminismo Autónomo, descubrimos que la legitimidad de nuestro movimiento no se construye respondiendo a la legalidad del sistema. Eso es terrible porque en los últimos veinte años dejamos de un lado el pensamiento político, la “política de las mujeres”, para dedicarnos a una labor legislativa. Hemos logrado avances, pero el mundo neoliberal es más patriarcal que nunca. (Y que me perdonen las italianas de *Sottosopra*: el patriarcado no ha muerto sólo porque su totalidad opresiva ha sido quebrada; mientras un solo juez puede no conceder el reconocimiento de la legítima defensa a una mujer que mató a su casi inmediato violador, el sistema patriarcal estará reproduciendo su cultura dicotómica contra y sobre el cuerpo de las mujeres todas).

El feminismo se construye en la práctica política de la transformación de las relaciones entre personas en un mundo hasta ahora sexuado al masculino, en la visibilización de ambos sexos, en la desregulación de las relaciones jerárquicas (en la familia como en el estado y las colectivas, ONG, escuelas). También en la práctica social, que es lenguaje, cultura, movilización.

En Cartagena he aprendido que la violencia de la marginación genera violencia, misma que rechazo. Pero no la rechazo porque sale de la voz de una boliviana airada, lesbiana, indígena y pobre, sino porque es fruto de esa cadena de violencia que nos inserta a nosotras también en la estructura patriarcal que reconozco en la institucionalización del saber de las mujeres.

Al respecto, comparto, y suscribo, lo escrito en la declaración del feminismo autónomo, presentada en Cartagena el 26 de noviembre de 1996, respeto a la socialización de lo que pertenece a la historia y la producción de las mujeres, es decir que no queremos que nuestros productos teóricos y materiales circulen como intercambios monetarios, de la legitimidad o de carrera institucional.

También Cartagena enseña, con todo y su dicotómico planteamiento sobre lo que debe ser (y creo que lo es, pero puede ser algo mucho más orquestal —sin directora, por supuesto) el feminismo, que la autonomía no es una reivindicación sesentayochesca ni necesariamente una posición de marginalidad. En el feminismo no hay

paradigmas; nuestra filosofía de la diferencia sexual es la reivindicación de un orden no paradigmático, de una epistemología de la diferencia misma como pensamiento y propuesta:

Matices.. Ahora espero matices. Sé, reconozco en las voces con quien dialogué en Cartagena (a falta de cuerpos, buenas son las palabras), la presencia explícita de por lo menos dos grandes corrientes en el movimiento feminista latinoamericano. Espero más. Nadie puede ya representarme